

Bx2177

c2

1847

v-5

NOVISIMO

AÑO CRISTIANO



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA DEL ESTADO DE NUEVO LEON

ADORNADO CON LAS VIDAS DE LOS SANTOS Y FESTIVIDADES QUE CEBRAN LA IGLESIA DE ESPAÑA Y OTRA ESCRIBIENDO

LOS RR. P. PEDRO CENTENO Y...



Coilla Alonzo Biblioteca Universitaria

LIBRERIA CATOLICA DE ROS Y CA.

MADRID Calle de la Paz número 11



NOVISIMO AÑO CRISTIANO,

Ó EJERCICIOS DEVOTOS PARA TODOS LOS DIAS DEL AÑO.

MAYO.

DIA PRIMERO.

MARTIROLOGIO.

LA FIESTA DE LOS GLORIOSOS APÓSTOLES SAN FELIPE Y SANTIAGO; S. Felipe despues de haber convertido casi toda la Escitia a la fe catolica, fué clavado en una cruz en Hierápolis, ciudad de Asia, y apedreado acabó gloriosamente su vida. Santiago, a quien llama la Escritura hermano del Señor (segun la costumbre de los hebreos, por el dedo que tenia con Jesucristo) y que fué el primer obispo de Jerusalem, precipitado desde lo alto del templo, rotas las piernas, herido el cerebro con un palo de un lavandero, murió, y lo sepultaron junto al templo. (Véase su noticia en las del dia de hoy.)

SAN JEREMÍAS, profeta, en Egipto, el cual murió apedreado por la plebe junto a un sitio llamado Daphne, y allí lo sepultaron: S. Epifanio refiere que acostumbraban ir los fieles a su sepulcro a hacer oracion, y con el polvo que de él recogian sanaban de mordeduras de aspides. (Véase su noticia en las de hoy.)

SAN ANDEOLO, subdiacono, en Francia, territorio de Vivarets, a quien habia enviado S. Policarpo con otros muchos desde el Oriente a Francia.

cia á predicar el Evangelio ; y en tiempo del emperador Severo fué apaleado con varas espinosas ; y por último consumó el martirio habiéndole partido la cabeza en cuatro partes en forma de cruz con una espada de madera.

LOS SANTOS MÁRTIRES ORENCIO Y PACIENCIA, en Huesca, ciudad de España. (*Véase su vida en las de hoy.*)

EL MARTIRIO DE SAN SIGISMUNDO, rey de Borgoña, en Leon de Francia, el cual fué echado en un pozo donde murió, y despues floreció en milagros. (*Véase su historia en las de hoy.*)

SAN AMADOR, obispo y confesor, en Auxerre.

SAN ORENCIO, obispo, en Ausché.

SAN ASAFO, obispo, y SANTA WALBURGA, virgen, en Inglaterra.

SANTA GRATA, viuda, en Bérghamo.

SAN PEREGRINO, del órden de los Siervos de la beata Virgen Maria, en Forli. (*Véase su vida en las del día 30 de abril.*)

SAN FELIPE, APÓSTOL.

EL glorioso S. Felipe, apóstol, distinto del otro Felipe colocado por los Apóstoles en el número de los Siete Diáconos, fué uno de los primeros que llamó el Salvador á esta dignidad. Era natural de Betsaida, ciudad de Galilea, á las márgenes del lago de Genesareth donde habian tambien nacido Pedro y Andrés. Algunos creen que fué casado, y en los escritores de los primeros siglos hallan memoria de tres hijas suyas ; hombre piadoso y muy respetado de los judíos, como dice S. Crisóstomo, que empleado continuamente en la meditacion de la ley y de los profetas, esperaba con profunda religion al Mesias prometido, que habia de ser la redencion de Israel.

Habiendo dicho públicamente el Bautista en presencia de sus discípulos, que Jesus era el Cordero de Dios, Andrés y Simon, que despues se llamó Pedro, le siguieron inmediatamente ; y como al día siguiente partiese Jesus para Galilea, encontrando á Felipe en el camino, no le dijo mas que estas palabras : *Sígueme* ; con las cuales no solo inspiró en su corazon una ardiente generosa resolucion de dejarlo todo por seguir á Cristo, sino un zeloso deseo de conquistarle todos los discípulos que pudiese. Con efecto, poco despues, como hubiese encontrado Felipe á Natanaél, le dijo que habia tenido la dicha de hallar á aquel de quien tanto habia hablado Moisés en los libros de la ley, y á quien habian retratado los profetas ; y diciendo y haciendo le condujo al Salvador. Asegura S. Clemente Alejandro, como cosa inconcusa, que ninguno ponía en duda que fué S. Felipe aquel mancebo que habiendo pedido licencia á

Cristo para ir á enterrar á su padre, el Señor le respondió : *Deja á los muertos que entierren á sus muertos.*

Desde entonces siguió Felipe á Cristo tan de veras, que no se volvió á separar de su compañía. El año siguiente fué escogido para el apostolado, y contado entre los doce, nombrándole el Evangelio inmediatamente despues de S. Juan. Acredita bien la especialidad con que el Salvador amaba á S. Felipe la distincion que hacia de él. Cuando quiso hacer el milagro de la multiplicacion de los panes, le preguntó para sondearle, donde hallarian pan para tanta muchedumbre. En cierta ocasion, queriendo unos forasteros ver á Cristo, se valieron de S. Felipe para que se lo facilitase, persuadidos á que era el que mas privaba con el Salvador. Cuando éste, en aquel gran sermon que hizo á sus Apóstoles despues de la última cena, les habló de su Padre, S. Felipe tuvo la confianza de suplicarle, que se sirviese de hacerle ver á todos, porque todos lo deseaban mucho : á lo que el Señor le respondió : *Felipe, el que me ve á mí, ve á mi Padre.*

Despues de la ascension de Cristo á los cielos, y de la venida del Espíritu Santo, cuando los Apóstoles se dividieron por todo el mundo para llevar á todo él la luz del Evangelio, S. Felipe fué á predicar la fe á la provincia de Frigia, donde convirtió muchas almas, y obró muchos milagros. Habiendo llegado á Hierápolis, se compadeció mucho, viendo que aquel pobre y ciego pueblo adoraba por Dios á una monstruosa víbora ; y lleno de una santa indignacion y fogoso zelo la hizo pedazos. Abrió los ojos á aquella pobre gente ; hizola visible la groseria de sus errores, y convirtiendo á la fe á toda la ciudad, fundó en ella una floreciente iglesia. Pero no le dejó en paz la cólera del demonio ; porque irritados los sacerdotes de los ídolos y los magistrados á vista de los maravillosos progresos que hacia el cristianismo, resolvieron quitar la vida al santo Apóstol. Echaron mano de él, y despues de haberle tenido preso algunos dias, le despedazaron con crueles azotes, y amarrándole á una cruz, comenzaron á apedrearle. Sobrevino un furioso terremoto, que atemorizando á los gentiles, y poniéndolos en precipitada fuga, dió lugar á los cristianos para que bajasen de la cruz á S. Felipe ; mas conociendo el Santo que ya le quedaban pocos instantes de vida, les rogó que le dejasen acabarla en la cruz, á ejemplo del Salvador ; y habiéndole concedido este consuelo, espiró en ella poco tiempo despues, encomendando á Dios su alma y su pueblo. Sucedió esta preciosa muerte el 1.º de mayo del año de 54, segun Baronio ; ó hácia el año de 90 en opi-

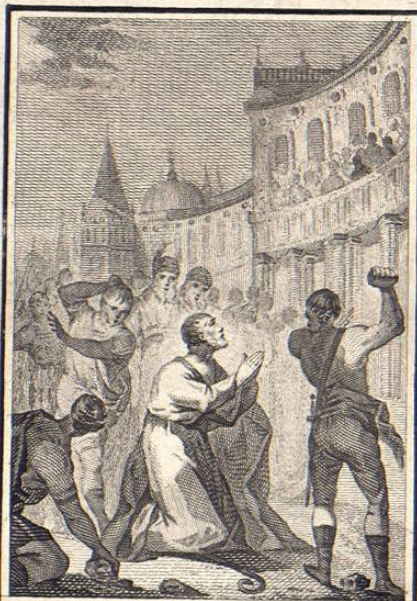
nion de los que dan á S. Felipe ochenta y siete años. Lleváronse á Constantinopla parte de sus sagradas reliquias, y otra parte de ellas se veneran en Roma en la iglesia de los santos Apóstoles, que comenzó el papa Pelagio I, y acabó Juan III, su sucesor.

SANTIAGO, APÓSTOL, EL MENOR.

SANTIAGO, á quien se le dió el nombre del *Menor*, para distinguirlo del otro Santiago, hijo del Zebedeo y hermano de san Juan que era mayor que él en edad, ó mas antiguo en el llamamiento al apostolado, fué hijo de Alfeo y de María, hija de Cleofás, prima hermana de la santísima Virgen; por cuyo estrecho parentesco se la llama tambien hermana de esta Señora, segun el estilo de los judíos que acostumbran llamar hermanos y hermanas á los parientes muy cercanos; y por la misma razon es llamado nuestro Santo en el Evangelio *hermano de Cristo*, aunque en realidad no era mas que primo suyo.

Nació Santiago algunos años antes que el mismo Cristo, y segun Hegesipo, fué santo desde el vientre de su madre; quiere decir, que sus padres le consagraron al Señor antes de nacer, destinándole desde entonces á seguir toda la vida la regla de los nazareos, como lo desempeñó con fidelidad hasta la muerte.

Su vida, dice S. Jerónimo, fué un perpetuo ayuno; pues desde niño se prohibió enteramente el uso del vino y de toda carne; siempre andaba con los pies descalzos; y en fin, era tanta su penitencia, que, como afirma S. Crisóstomo, mas parecia esqueleto que hombre vivo. A la penitencia exterior del cuerpo correspondia el fervor interior del espíritu; pues teniendo presente la especialidad con que estaba dedicado al servicio de Dios, casi desde la cuna se puso perpetuo entredicho á todos los gustos y diversiones de la vida. Parecia que la oracion era su único empleo, pues á todas horas se le encontraba en el templo, pidiendo á Dios perdon por el pueblo, y clamando continuamente por su salvacion; de cuyo ejercicio de orar de rodillas y sin arrimo, llegó á criar en ellas unos callos tan duros como los de un camello. Supo granjearse tanta estimacion y tan extraordinaria autoridad con toda clase de personas, por la modesta simplicidad y llaneza de su vestido, por su aire, por su compostura y por la santidad que resplandecia en todas sus acciones, que era el único laico á quien se permitia entrar en el santuario y todos le llamaban comunmente *el Justo*. En una gran sequía que hubo, levantando las manos al cielo nuestro Santiago, luego llovió abundante-



SANTIAGO APOSTOL.



38104

mente; lo que sin duda fué ocasion de que se le añadiese el sobrenombre de *Oblia*, que quiere decir en lengua siríaca, *el que mantiene al pueblo, ó la fortaleza de Dios.*

Tal era Santiago el Menor, cuando el Salvador del mundo se dignó llamarle al apostolado. No nos dice el Evangelio ni el tiempo, ni la ocasion con que fué escogido para él; solamente le cuenta el noveno entre los Apóstoles, y es probable que hasta el segundo año de la predicacion de Cristo no fueron agregados al colegio apostólico Santiago y su hermano S. Juan.

Asegura S. Epifanio, que Santiago se conservó perpetuamente en el celibato. Los discípulos le llamaban comunmente el hermano de Cristo; espresion que da bastante á entender la especial ternura con que Santiago amaba á su Maestro, y tambien aquella con que era correspondido de él.

Es antigua tradicion, segun dice S. Jerónimo, que la noche de la cena hizo propósito Santiago de no comer ni beber hasta que Cristo resucitase; y que por eso se le apareció el Señor inmediatamente despues de su gloriosa resurreccion. Lo cierto es, que habiendo resucitado Cristo, se le apareció á Santiago en particular, como lo afirma S. Pablo, despues de haberse dejado ver de S. Pedro y de los demás Apóstoles; y añade S. Clemente Alejandrino, uno de los escritores mas antiguos de la Iglesia, que despues de la resurreccion comunicó el Salvador el don de ciencia á S. Pedro, á Santiago el Justo y á S. Juan; esto es, como lo esplica el mismo Padre, una superabundante luz, penetracion y sobrenaturales iluminaciones para el desempeño de los diferentes ministerios á que los tenia destinados su divina Providencia.

Despues de la triunfante ascension á los cielos, habiendo quedado S. Pedro nombrado por el mismo Cristo cabeza visible de toda su Iglesia, fué Santiago declarado obispo de Jerusalem; asegurando S. Jerónimo, que en esto los Apóstoles no hicieron mas que declarar solemnemente á todos los discípulos la eleccion que Cristo habia hecho de nuestro Santo para el gobierno de aquella iglesia particular, que podia llamarse la cuna del cristianismo. Y á la verdad, no parecia posible señalarse otro pastor que fuese mas grato, ni mas respetable á los judíos convertidos á la fe, que componian aquella iglesia.

Poblóla bien presto por el zelo de que estaba dotado, acompañado de aquella dulzura y de aquella gran virtud que le granjeaban tanta veneracion, especialmente por ser sostenida de una vida austera, mortificada y penitente, autorizada con visibles milagros. Correspondia maravillosamente el fervor de los nuevos fieles al ardiente zelo del santo Pastor, y triunfó la constancia de

su fe con esplendor y con ruido, en la primera persecucion que suscitó el infierno en Jerusalem contra la Iglesia.

La dulzura, la inocencia y la modestia de Santiago no contribuyeron poco á ganarle los corazones de muchos judios, aun de los principales de la nacion, que se convirtieron á la fe de Cristo; creciendo cada dia visiblemente el número de los fieles por la predicacion de nuestro Santo. Este, á exemplo de su divino Maestro, condescendia en todo lo posible con la vehemente pasion que tenian los judios recién convertidos por las ceremonias de la ley; condescendencia prudente, que siendo en puntos poco esenciales, conquistó gran número de judios, bien que no dejó de ser ocasion de algunas turbaciones.

Algunos cristianos de Judea, demasidamente zelosos por la ley, inquietaron la iglesia de Antioquia, queriendo obligar á los gentiles á la circuncision. Con esta ocasion despacharon á S. Pablo y á S. Bernabé por diputados á S. Pedro, Santiago y S. Juan, que se hallaban en Jerusalem, como á oráculos de la verdad, depositarios de la fe y columnas de la Iglesia, como habla S. Pablo en la epistola á los de Galacia, y se celebró en aquella ciudad el primer concilio, en que presidió S. Pedro. Este refirió las maravillas que por su ministerio habia obrado Dios en favor de los gentiles convertidos, á quienes su Majestad habia comunicado el Espíritu Santo como á todos los demás fieles; y concluyó, que pues ninguno podia ser salvo sino por la gracia del Redentor, no era razon que se les obligase á cargar con un yugo de que el mismo Redentor los habia librado.

Cuando S. Pedro acabó de hablar, tomó la palabra Santiago, como obispo diocesano, y dijo así: *Hermanos, prestadme atencion: Simon os ha acabado de explicar, como Dios ha querido entre sacar de los gentiles un pueblo que fuese suyo; siendo esto lo que concordemente nos anuncian las palabras de los profetas, segun aquello que está escrito: Yo vendré despues, y reedificaré la casa de David: repararé lo que estuviere arruinado, para que todós los demás pueblos y naciones, que son conocidas con mi nombre, busquen al Señor. El mismo que hizo estas cosas, es el que habla de esta suerte. Dios en todo tiempo conocé la obra de sus manos; por eso soy de parecer, que no se inquiete á los gentiles que se convierten á Dios. Pero se les debe escribir que se abstengan de todo aquello que ha quedado inmundo por haber sido ofrecido á los ídolos de la fornicacion, de animal que murió ahogado y de sangre.* Siguióse este parecer; y los Apóstoles, los presbíteros, con toda la Iglesia, fueron de sentir que se volviese á despachar á Antioquia á Pablo y á Bernabé, acompañados de Judas y de

Silas, á quienes se les entregó una carta, concebida en estos términos: *Ha parecido al Espíritu Santo y á nosotros, no cargaros mas que aquello que es necesario; esto es, que os abstengais de las cosas sacrificadas á los ídolos, de la fornicacion, etc., absteniéndos de todo esto, haveis bien á Dios.*

Crecia mientras tanto cada dia el número de los fieles en Jerusalem por el zelo, por la dulzura y por la devota piedad de nuestro Santo. Manejaba con gran destreza la escesiva y obstinada delicadeza de los judios, tolerando todo aquello que no era incompatible con el cristianismo, y ganando su corazon y su confianza con esta cristiana condescendencia, para irlos poco á poco disponiendo á desembarazarse de aquellas inútiles ceremonias legales, á que estaban tan adheridos. Habiendo venido S. Pablo á Jerusalem el año 58, luego al dia siguiente pasó á visitar á Santiago, el cual le aconsejó que no mostrase condenar ciertas ceremonias de la ley antigua de poca consecuencia, por no escandalizar á aquellos espíritus flacos; y el Apóstol se conformó con este dictámen.

Despues de la muerte de Festo, gobernador de la Judea, y antes que llegase Albino su sucesor, irritados los fariseos y los doctores de la ley de los grandes progresos que hacia la religion cristiana en toda la Judea, y especialmente en Jerusalem, resolvieron hacer todo lo posible para esterminarla. El año de 62, Anano, pontífice que era á la sazón, hijo de aquel otro Anano ó Anás, cuñado de Caifás, de quien hace mencion el Evangelio, quiso aprovecharse del interregno, y convocó el gran consejo, llamado Senedrin, para tratar de los medios mas conducentes al logro de su intento. El espediente mas eficaz y mas breve que se les ofreció de pronto, fué precisar á Santiago el Justo á que negase á Cristo, abjurase del su religion, y desengañase al pueblo, así con sus palabras como con su ejemplo. Mandaronle comparecer ante el consejo; y luego que se divulgó por la ciudad la noticia, todo el pueblo concurrió al consistorio, movido de la reputacion del Santo. Llenóse la sala donde se celebraba el Senedrin de las personas mas distinguidas y mas considerables de la ciudad. Hegezipo dice que los ancianos ó los consejeros afectaron consultarle algunos puntos, para cogerle en alguna respuesta que sirviese de pretesto para condenarlo; pero lo cierto es, que muchos procedian de buena fe en las preguntas que le hacian. *Te hemos llamado, le dijeron, para que nos ayudes á abrir los ojos al pueblo, apartándole de sus desvarios, y haciéndole reconocer sus errores. Ya ves que todos se declaran parciales y sectarios de la doctrina de Jesus, persuadidos á que fué el prometido Mesias.*

Es menester que desengañes hoy á ese numeroso alucinado pueblo, que ha concurrido de todas partes con ocasion de la solemnidad de la Pascua; porque todos te veneran por hombre justo, veraz é incapaz de dejarte mover de algun humano respeto: consiguientemente todos están dispuestos á rendirse al testimonio que prestares á la verdad. Sube, pues, á la galeria del templo, para que mejor puedas ser oido del innumerable concurso, y sepan todos de tí, así lo que tú crees, como lo que ellos deben creer.

Habiéndose dejado ver Santiago en la galeria, comenzaron los escribas y fariseos á gritarle desde abajo: *Dinos, hombre justo, qué juicio hemos de hacer de aquel Jesus que fué crucificado; porque todos nos conformaremos con tu prudente dictámen.* Entonces Santiago, esforzando la voz todo cuanto pudo, clamó: *Oid, hermanos míos, el testimonio que voy á dar á la verdad: Ese Jesus, hijo del hombre, de quien vosotros hablais, está en el cielo sentado á la diestra de Dios Padre, como hijo verdadero suyo, y algun dia vendrá en el trono de las nubes á juzgar á todos los hombres; porque es el Mesias que esperaron nuestros padres, y debe ser toda nuestra confianza y la esperanza de Israel.*

Apenas acabó de decir estas palabras el Apóstol, cuando un crecido número de judíos, movidos de tan ilustre como valeroso testimonio, creyeron en Jesucristo, y comenzaron á alabar á Dios á voz en grito, diciendo: *Hosanna al Hijo de David.* Pero los escribas y fariseos, arrepintiéndose, aunque ya muy tarde, de lo que habían hecho, vueltos á la muchedumbre comenzaron á gritar por todas partes: *Pueblo, que el Justo se engaña; y llenos de rabioso furor contra el Santo, subieron á la galeria, y le precipitaron abajo desde lo mas alto del templo. No quedó muerto del golpe, y poniéndose inmediatamente de rodillas, hizo oracion á Dios por los que le quitaban la vida; pero no pudiendo éstos sufrir que sobreviviese á la caída, comenzaron á disparar contra él una esesa lluvia de piedras, á tiempo que hallándose cerca del Santo un tundidor, que por casualidad tenia en la mano el cabestan con que apretaba los paños, le descargó tan furioso golpe en la cabeza, que acabó finalmente de matarle.*

Así murió Santiago el Menor el mismo dia de Pascua del año 62, habiendo gobernado cerca de veinte y nueve años la iglesia de Jerusalem; y se tiene por cierto que le dieron sepultura en el mismo lugar donde fué martirizado. Fué tan llorada su muerte, aun de los mismos judíos, que calificándola de injusta, creyeron haber sido una de las principales causas de las públicas terribles calamidades con que fué alligida y castigada su nacion, atribuyendo á ella hasta la funesta ruina de Jerusalem,

que sucedió ocho años despues de la muerte de nuestro Apóstol. Su cátedra se conservaba en Jerusalem con grande estima en los primeros siglos de la Iglesia. Dicese que sus reliquias fueron trasladadas á Constantinopla en el siglo vi. Pero de ellas debia estar separada la cabeza, la cual se conservó en una pequeña iglesia cerca de Jerusalem hasta el siglo xii en cuyo principio fué hallada junto con un pedazo del sepulcro del Salvador y un hueso de S. Estéban. Guardábanse estas reliquias en un vaso de plata dentro de otro de marfil. Trájaslas á España por aquel tiempo Mauricio, obispo de Coimbra, que despues fué arzobispo de Braga y antipapa, y las depositó en la iglesia de Carrion. De aqui fueron trasladadas al templo de S. Isidro de Leon, donde estuvieron hasta el año 1154 en que por voluntad de la reina D.^a Urraca fué llevada á Compostela la cabeza de nuestro santo Apóstol por D. Diego Gelmirez, obispo de aquella iglesia.

Escribió Santiago como obispo de Jerusalem y como apóstol muy particular de los judíos, aquella admirable Epístola, que entra en el número de los libros canónicos del nuevo Testamento, y es la primera de las siete Epístolas católicas, llamadas así, porque no se dirigen á alguna persona ó iglesia particular, sino á la universalidad de todos los fieles. Así, pues, esta se dirige á todas las doce tribus; esto es, á todos los judíos esparcidos en toda la redondez de la tierra, y siempre ha sido estimada como un excelente compendio, quinta esencia ó medida de toda la moral cristiana. Su estilo es vivo, apretado, eficaz, y en ninguna otra parte se leen reprendidos los abusos con voces mas energicas ni mas espresivas.

SAN JEREMÍAS, PROFETA.

El profeta Jeremías, cuyo nombre se interpreta *alteza del Señor*, es el segundo de los Profetas llamados *mayores*, y fué hijo del sacerdote Helcias, natural de Anathoth, pequeña aldea cerca de Jerusalem. Comenzó á profetizar de pocos años en el reinado de Josías, el año 629 antes de Jesucristo. Sus profecias se dirigieron no solamente contra los judíos, sino tambien contra los egipcios, los idumeos, los filisteos, los ammonitas, los moabitas, babilonios, etc.; pero su objeto principal fué exhortar á su pueblo á la penitencia, anunciando los castigos que le enviaria el Señor. Mas no pudiendo sufrir los judíos la santa libertad con que el profeta reprendia sus desórdenes, le acarrearon su indignacion de tal manera, que fué echado en la cárcel. Despues del breve reinado de Jeconías, trasportada cautiva á Babilonia

la mayor parte del pueblo con su rey, no cesó Jeremías, reñando Sedecías, el último rey, de exhortar á penitencia á los restos del pueblo judaico, que habian quedado en el país, intimándoles la destruccion de la ciudad y asimismo la del templo, en el cual fundaban sus vanas y necias esperanzas los judíos carnales. Y tornando de nuevo á predicar Jeremías, en Jerusalem, con motivo del cerco que hacia ya diez y seis meses que angustiaba la ciudad, asieron de él los judíos y lo echaron en una laguna de mucho cieno, de la cual mandó sacarle un ministro del rey Sedecías; aunque quedó encarcelado hasta la toma de la ciudad por Nabucodonosor, cuya toma habia profetizado Jeremías y sido causa de las persecuciones que habia sufrido. Nabuzardan, general de Nabucodonosor, dió al profeta libertad de ir á Babilonia, donde viviria en paz, ó de quedarse en Jerusalem; y Jeremías prefirió lo último, para ser útil á los pocos judíos que allí permanecian. A poco tiempo murió asesinado Godolias, gobernador de Judea por el rey de Babilonia, á manos de Ismael, príncipe de la sangre real de los judíos; temerosos éstos por esta accion del furor de los babilonios, determinaron buscar seguridad en Egipto; y aun cuando Jeremías apuró todos los medios para disuadirles de ello, prometiéndoles en nombre de Dios la seguridad si permanecian en Judea, se vió al fin obligado á seguirles juntamente con su fiel discípulo Baruch. Allí continuó el profeta reprendiendo á los judíos sus vicios, y vaticinó las terribles calamidades con que Dios iba á castigarles, juntamente con los egipcios, dando así ocasion á que de todos fuese aborrecido; pero aun mas especialmente de los mismos hebreos, los cuales, segun constante tradicion aceptada por los espositores sagrados, le mataron á pedradas en Taphne, el año 590 antes de Jesucristo.

Distinguió á este gran profeta una ternísima caridad para con sus prójimos; caridad llena de compasion por sus males espirituales y temporales; caridad que no le permitia ningun descanso: de suerte que ni el tumulto de la guerra, ni el desconcierto del reino, ni el sitio de Jerusalem, ni aun la misma mortandad del pueblo, le retrajo de trabajar siempre con el mismo ardor en el bien de sus conciudadanos.

Las Profecias de Jeremías comprenden cincuenta y dos capítulos; y sus Trenos ó Lamentaciones, compuestas de cinco capítulos, es una insigne obra maestra del dolor y la tristeza. De sus profecias usa la Iglesia católica en las lecciones de los maitines, desde la dominica de Pasion hasta el sábado santo, y en algunas misas de entre año.

SAN SATURNINO, MÁRTIR DE MÉRIDA.

Los martirologios Corbeyense y Lucense hacen memoria de este santo mártir que en la ciudad de Mérida dió la vida por Cristo tal dia como hoy, en una de las persecuciones que los gentiles movieron contra la santa Iglesia. El martirologio Epternacense y el Blumano suponen que fué mujer, y la llaman Saturnina. En el martirio convienen todos; no se sabe en qué año fué, ni cuales sus circunstancias, ni consta en orden á esto mas que lo que se lleva dicho.

SAN ORENCIO Ú ORONCIO Y SANTA PACIENCIA, PADRES DE SAN LORENZO.

SAN Orencio, cuya memoria es y ha sido siempre célebre en Huesca, ciudad antigua de Aragon, floreció en ella á principios del siglo III, siendo un modelo de la perfeccion cristiana por la rectitud de su intencion y por la sinceridad de su conducta. Unia Orencio con su calificada nobleza muchos bienes temporales, y resolviéndose á abrazar el estado del matrimonio, lo contrajo con una señora ilustre llamada Paciencia, igual en las circunstancias y en los piadosos sentimientos. Quisieron ambos dedicarse desde luego al servicio del Señor, y conociendo que las obras de misericordia eran las mas gratas á los ojos de Dios, se ocupaban con una ardiente caridad en socorrer á los pobres, en consolar á los afligidos, y en hospedar á los peregrinos: por cuyos piadosos oficios les concedió el cielo dos ilustres hijos, que llegaron á ser por su heroica santidad objetos de las veneraciones públicas de la Iglesia. Fueron éstos S. Lorenzo y S. Orencio; éste fué obispo de Aux, y aquél mártir insigne.

Viniendo á España S. Sixto, pasó por Loret, en donde le dieron hospedaje S. Orencio y Sta. Paciencia; y quedando prendado de las bellas prendas del jóven Lorenzo, lo llevó consigo á Roma con el beneplácito de sus padres. Poco despues concluyó su carrera Sta. Paciencia llena de merecimientos; y aunque ejerció todas las virtudes, en su rezado se hace especial memoria de su castidad conyugal, de la paciencia propia de su nombre, y de las limosnas con que socorria las necesidades. La dió Orencio sepultura en el oratorio que tenia en una heredad propia llamada Loret, como una media legua de Huesca. Apenas hubo cumplido con este deber cuando Dios le mandó por el ministerio de un ángel que partiese con su hijo Orencio á la tierra que le

mostraría. Obedeció Orencio inmediatamente á la insinuacion del cielo, y dejando su casa y bienes, como otro Abraham por igual precepto, penetró los Pirineos, pasó á Francia, y llegó al campo ó valle llamado Labedan en la diócesis de Tarbes, donde desapareció la luz que le conducía; por lo que creyó el Santo que era aquel el sitio, donde quería el Señor que permaneciese. Supo que aquel territorio estaba poseido de una legión de espíritus inmundos, que causaban innumerables daños en los hombres, en los animales y en los frutos; y compadecido de tantos males, los espelió con la eficacia de sus fervorosas oraciones.

Quiso Orencio no ser molesto á los vecinos del valle, y para ello resolvió vivir con el trabajo de sus manos, siguiendo la profesion de labrador, que era la que habia tenido en su patria. No encontró para cultivar la tierra sino unos novillos bravos é indómitos; pero haciendo sobre ellos la señal de la cruz, quedaron como si fueran unos mansos corderos. Tomó por ama á una anciana venerable, y por criado á un hombre llamado Esperto, de tan perversa intencion, que empeñándose en causar todos los daños posibles á su amo, sembraba zizaña en lugar de buena simiente en las tierras que labraba Orencio; mas como Dios velaba sobre su fidelísimo siervo, le aumentaba considerablemente las cosechas; á pesar de los reprobables ardides de que se valia para impedirlo el mal criado. Conoció éste el ningun fruto que producian sus diabólicas astucias, y dejando solos á los bueyes en cierto dia que se condujo el venerable anciano á beber agua de una fuente cristalina algo distante de la labor, devoró al uno de ellos un furioso lobo que salió de aquellas selvas. Vió el siervo de Dios el estrago que causó la fiera; pero mandando á ésta en nombre de Jesucristo, que hiciese los oficios del animal que mató, cumplió con el precepto inmediatamente, con admiracion de cuantos llegaron á entender aquel extraordinario prodigio (*). Viendo Esperto que por estas maravillas se frustraban sus perversas intenciones, se fingió enfermo con el fin de no atender á la labor, creyendo que por este medio serian los daños inevitables: dejóle Orencio en la cama para que se le asistiese; pero apenas salió al cultivo de sus tierras, cuando se apoderó un demonio del disco criado, atormentándolo tan furiosamente, que le impelia á arrojarse al fuego.

(*) Este portentoso se ve pintado en muchos retablos antiguos, especialmente en uno de la metropolitana de Zaragoza y en las puertas del retablo mayor de Huesca.

Volvió el venerable anciano de su labor, y compadecido del trabajo de su sirviente, procuró espeler al inmundo espíritu con sus fervorosas oraciones. Prometió éste dejar libre al que tiranizaba, siempre que el Santo le diese permiso para entrar en el cuerpo de Cornelia ó Corneja; y creyendo el siervo de Dios con su natural sencillez que seria una avejilla llamada así, no tuvo reparo en darle la licencia; en fuerza de la cual se introdujo el demonio en el cuerpo de la hija de un potentado de Francia llamada Cornelia.

Valióse el amante padre de todos los remedios espirituales para la espulsion del enemigo infernal, y afligido el demonio con los mas eficaces exorcismos, protestó, que no saldria del cuerpo de aquella ilustre virgen sin mandato de Orencio, con cuyo permiso se habia introducido. No fué difícil al potentado saber quien era aquel siervo de Dios, porque la fama de su eminente santidad se habia esparcido por diferentes partes del reino de Francia: buscóle inmediatamente, y le rogó que se dignase visitar á su hija, para lanzar de ella al demonio, puesto que habia confesado, que no saldria sin su precepto. Marchó el venerable anciano á visitar á la pobre doncella, y compadecido de su miserable situacion, mandó al enemigo que la dejase libre inmediatamente. Obedeció el inmundo espíritu sin dilacion el precepto de Orencio, dejando casi muerta en tierra á la energúmena con el estrépito y con el furor que se despidió de ella; pero cogiéndola de la mano el siervo de Dios, la restituyó á sus padres perfectamente sana. Ofreció á Orencio el potentado, agradecido de tan singular beneficio, grandes bienes y esquisitas riquezas; pero todas las rehusó por volverse al valle de Labedan á seguir el tenor de su vida, como lo hizo con aviso superior.

Como para Dios no hay casualidades, al pasar Orencio con su hijo por la ciudad de Aux, fué elegido éste y consagrado obispo de ella; y así desde esta ciudad tuvo Orencio que proseguir su viaje solo. Halló difunta á su anciana ama, á quien llamaba madre con respeto á sus venerables canas, y habiendo hecho oracion por ella, la resucitó milagrosamente. Tuvo noticia en este tiempo del glorioso martirio que padeció en la capital de Roma su hijo S. Lorenzo: derramó muchas lágrimas por la pérdida de aquel insigne héroe de la religion cristiana, que daba tanto honor á sus venerables canas, y apareciéndosele el santo mártir entre gloriosos resplandores, le dijo que no llorase su muerte, puesto que gozaba de la vision beatifica en premio de la confesion que habia hecho á la frente de los enemigos de Jesucristo. Quedó el venerable anciano lleno de consuelo con tan agradable